

PASÓ 42 AÑOS ENTRE LA CÁRCEL, TORTURAS Y TRABAJOS FORZADOS, OFICIANDO LA MISA CLANDESTINAMENTE

Ya cumplidos los 80 años pudo celebrar, por fin,
la Eucaristía en libertad y sin restricciones

Actualizado 4 diciembre 2011



Ésta es la historia de un valeroso jesuita albanés llamado Anton Luli. Una vida llena de penalidades y sufrimientos bajo la dictadura comunista en Albania y, a la vez, testimonio de cristiano.

«Bendigo al Señor, que a mí, su pobre y débil ministro, me ha dado la gracia de permanecerle fiel, durante una vida prácticamente marcada por las cadenas. **Sólo su gracia podía hacer esto.**»

Primer arresto

»Acababa de ser ordenado sacerdote cuando a mi país, **Albania, llegó la dictadura comunista y la persecución religiosa más despiadada.** Algunos de mis hermanos en el sacerdocio, después de un proceso lleno de falsedades y engaño, fueron fusilados y murieron mártires de la fe. Así celebraron, como pan partido y sangre derramada por la salvación de mi país, su última Eucaristía personal. **Era el año 1947. Apenas había terminado mi formación.**

»A mí el Señor me pidió, por el contrario, **que abriera los brazos y me dejara clavar en la cruz** y así celebrara, en el ministerio que me era prohibido y con una vida transcurrida entre cadenas y torturas de todo tipo, mi Eucaristía, mi sacrificio sacerdotal.

»El 19 de diciembre de 1947 me arrestaron con la acusación de agitación y propaganda contra el gobierno. **Viví diecisiete años de cárcel estricta y muchos otros de trabajos forzados.** Mi primera prisión, en aquel gélido mes de diciembre en una pequeña aldea de las montañas de Escútari, fue un cuarto de baño.

La cárcel era un baño lleno de excrementos

»Allí permanecí nueve meses. Me **tenía que acurrucar sobre excrementos endurecidos y sin poder enderezarme completamente por la estrechez del lugar.** La noche de Navidad de ese año -¿cómo podría olvidarla?- me sacaron de ese lugar y me llevaron a otro cuarto de baño en el segundo piso de la prisión, me obligaron a desvestirme y **me colgaron con una cuerda que me pasaba bajo las axilas.** Estaba desnudo y apenas podía tocar el suelo con la punta de los pies. Sentía que mi cuerpo desfallecía lenta e inexorablemente. El frío me subía poco a poco por el cuerpo y, cuando llegó al pecho y estaba para paráseme el corazón, lancé un grito de agonía. Acudieron mis verdugos, me bajaron y me llenaron de puntapiés. **Esa noche, en ese lugar y en la soledad de ese primer suplicio, viví el sentido verdadero de la Encarnación y de la cruz.**

Corriente eléctrica en los oídos como tortura

»**Con mucha frecuencia me torturaban con la corriente eléctrica: me metían dos alambres en los oídos.** Era una cosa horrible. Durante un tiempo me amarraban las manos y los pies con alambres, y me echaban al suelo en un lugar oscuro, **lleno de grandes ratas que me pasaban por encima sin que yo pudiera evitarlo.**

Llevo todavía en mis muñecas las cicatrices de los alambres que se me incrustaban en la carne. **Vivía con la tortura de permanentes interrogatorios, acompañados de violencia física.** Recordaba entonces los golpes sufridos por Jesús al ser interrogado por el Sumo Sacerdote.

Más torturas

»Una vez me colocaron delante un papel y un bolígrafo y me dijeron: **Escribe una confesión de tus crímenes** y, si eres sincero, podríamos hasta mandarte a casa. Para evitar golpes y bastonazos empecé a llenar alguna página con los nombres de muertos o de fusilados, con los que nunca tuve nada que ver. Al final añadí: Todo lo que he escrito no es verdadero, pero lo he escrito porque me obligaron. El oficial empezó la lectura con una sonrisa de satisfacción, seguro de haber logrado su objetivo, pero **cuando leyó los últimos renglones, me golpeó y, blasfemando,** ordenó a los policías que me llevaran fuera, gritando: Sabemos cómo hacer hablar a esta carroña.

Jesús, siempre a mi lado...

»Pero en esos sufrimientos tuve a mi lado y dentro de mí la consoladora presencia del Señor Jesús, sumo y eterno sacerdote, a veces, incluso, con una ayuda que no puedo menos de definir "extraordinaria", pues era muy grande la alegría y el consuelo que me comunicaba.

Trabajos forzados en los pantanos

»Al salir de la prisión, me enviaron a trabajos forzados como obrero en una finca estatal: me pusieron a trabajar en la recuperación de los pantanos. Era un trabajo fatigoso y con la poca alimentación que teníamos se nos reducía a gusanos humanos: cuando uno de nosotros caía extenuado, le dejaban morir. Pero en aquella etapa **logré decir misa de manera clandestina y sólo desde el ofertorio hasta la comunión.** Conseguí un poco de vino y algunas formas, pero no podía confiar en nadie ya que si me descubrían, me hubieran fusilado. **En este trabajo en los pantanos estuve 11 años.**

Otra vez a la cárcel y pena de muerte

»El 30 de abril de 1979 me arrestaron por segunda vez, me registraron y me llevaron a la ciudad de Scurati. No tenía consigo más que el **rosario, un cortaplumas y el reloj.** Después de la requisita me tiraron al suelo de una celda. Me daba cuenta que me dirigía a un nuevo calvario; pero de improviso la desolación dio paso a una extraordinaria experiencia de Jesús. **Era como si Él estuviera allí presente, de frente a mí, y yo le pudiera hablar. Fue determinante para mí.** Comenzaron de nuevo las torturas y otro proceso: el 6 de noviembre de 1979 me condenaron a morir fusilado. La causa que adujeron fue sabotaje y propaganda antigubernativa. Pero, dos días después, **la pena de muerte fue conmutada por 25 años de prisión.**

La libertad... a los 80 años

»Prácticamente he conocido la libertad a los 80 años, cuando en 1989 pude celebrar la primera Misa en libertad. Pero hoy, recorriendo con mi pensamiento mi propia existencia, me doy cuenta de que la misma ha sido un milagro de la gracia de Dios y me sorprende de haber podido soportar tanto sufrimiento, con una fuerza que era la mía, conservando una serenidad que no podía tener otra fuente que el corazón de Dios.

Experiencia como sacerdote

»Esta es mi experiencia sacerdotal en todos estos años; una experiencia, ciertamente, muy particular con respecto a la de muchos sacerdotes, pero desde luego no única: son millares los sacerdotes que en su vida han sufrido persecución a causa del sacerdocio de Cristo. Experiencias diversas, pero todas unificadas por el amor. **El sacerdote es, ante todo, una persona que ha conocido el amor; el sacerdote es un hombre que vive para amar:** para amar a Cristo y para amar a todos en Él, en cualquier situación de vida, incluso dando la vida.

»Pero hoy, contemplando la gloria de María en el Cielo, y pensando que también a nosotros se nos ofrece esta gloria futura con Dios, no puedo hacer otra cosa, que dirigirme a vosotros, queridos hermanos sacerdotes, con

las palabras de san Pablo: **“Porque estimo que los sufrimientos del mundo presente no son comparables con la gloria que ha de manifestarse en nosotros”** (Rom 8, 18). Contemplamos la gloria de María en el cielo, permanecemos fieles, en pie, con fuerza y dignidad cerca de la Cruz de Jesús, sin importarnos el modo en que esa cruz se presente en nuestras vidas. nosotros somos personas que nos entregamos al amor de Cristo. ¿Quién nos podrá separar de este amor? Éste es el verdadero mensaje de mi experiencia de vida. **En todos los momentos de sufrimiento y de dificultad “nosotros salimos vencedores gracias a Aquél que nos amó”** (Rom 8, 37).

No al odio

»Pero **nunca he guardado rencor hacia los que, humanamente hablando, me robaron la vida.** Después de la liberación, me encontré por casualidad en la calle con uno de mis verdugos: sentí compasión por él, fui a su encuentro y lo abracé».

El padre Anton Luli S.J. murió en Roma el 10 de marzo de 1998 a la edad de 88 años.

Tomado de www.religionenlibertad.com